

GRANDEZA Y MISERIA DE HOLLYWOOD

EN el año 1952 llega a su auge en los Estados Unidos la crisis cinematográfica provocada por la competencia televisiva. Entonces se planteó la lucha en términos muy radicales. El cine no veía otra forma de frenar la evasión de los espectadores de sus salas que utilizando armas inasequibles para la pequeña pantalla. Y así surgió el cinemascope e incluso el cine en relieve. Desde aquel momento se declaró la guerra entre el cine y la TV. Los años han ido pasando y las asperezas se han limado un poco. No hace mucho, cuando surgió la llamada «escuela de Nueva York» de nuevos realizadores, la mayoría de ellos procedía de la televisión. La «guerra fría» empezaba a congelarse por el camino de la coexistencia. Desde entonces, los contactos e intercambios entre cine y televisión han sido frecuentes y fructíferos. La TV se ha servido del cine, y a la inversa. Producto de esta etapa de coexistencia es la serie que TVE ha comenzado a ofrecer desde hace dos meses: «Hollywood a través del tiempo». Se trata de unos films de montaje sobre estrellas famosas o diversos géneros cinematográficos. Hasta ahora, los programas han estado dedicados a Humphrey Bogart, Al Johnson, Bette Davis, Stephanie Powers —nacimiento de una estrella—, al «western», al film de gangsters y a los comienzos del cine cómico. Y todo ello sin salir nunca del cine americano.

Existe un prejuicio muy extendido en nuestro país contra Hollywood. Por una parte está justificado en las nuevas generaciones, ya que ignoran el esplendoroso período que se conoce con el nombre de «the golden years». En nuestro país, el cine americano que se conoce es, precisamente, el producido a partir de esa crisis del 52, cuando Hollywood tuvo que Ingeniar los más diversos expedientes para atraerse a un público reacio. Y no puede decirse que ésta sea la mejor época de Hollywood, ni mucho menos. Era el momento del film «standard», pero sin la vitalidad y el sentido cinematográfico de los años anteriores. Porque tampoco debemos olvidar que lo que ha constituido la grandeza y miseria de Hollywood a lo largo de toda su historia ha sido el enfoque matemáticamente industrial y «standard» de su producción. Ninguna cinematografía en todo el mundo ha sido tan fiel a sus «géneros» como Hollywood. Desde su fundación, la «Meca del Cine» ha determinado con férrea voluntad las reglas inamovibles del «western», del film cómico, de la comedia americana, de las películas de gangsters, de las de aventuras, etc. Y sus realizadores eran hombres que, aun especializados en alguno de estos géneros, podían hacer incursiones en cualquier otro seguros de lograr un buen producto si se sometían a las reglas del juego.

En Europa, por ejemplo, se puede hablar del cine ruso post-revolucionario como ejemplo de vitalidad y de enorme calidad, o de la corriente realista francesa o del expresionismo alemán o del neorrealismo italiano. En Europa ha habido momentos en que una cinematografía nacional ha destacado durante algún tiempo por encima de las otras. Pero Hollywood ha sabido mantenerse a lo largo de cuarenta años sin desfallecimientos. Y ha creado el cine «medio» de más alta calidad que haya podido darse en ninguna otra cinematografía, posibilitando, además, la revelación de autores como Erich von Stroheim, Charles Chaplin, Buster Keaton, John Huston, Orson Welles, etc. etc.

Hollywood es, además, la cuna del «star-system». Un cine montado sobre la base industrial y publicitaria tenía forzadamente que recurrir al reclamo directo de la estrella, encargada de «vender» el producto. Y de nuevo encontramos la gran contradicción del cine americano, la que ha posibilitado su grandeza y precipitado su miseria: un punto de partida estrictamente comercial como es la necesidad de imponer una «star» por encima de otra consideración, se convierte en el arranque de una floración de actrices y actores verdaderamente extraordinaria. Y, como no podía ser de otra forma, son estrellas aptas para todos los géneros, aunque, naturalmente, existan las especializaciones.

«Hollywood a través del tiempo» nos informa de las vicisitudes de esta cinematografía. Es una historia viva y apasionante. Para el buen aficionado es una ocasión inmejorable de encontrar compendiados en los diferentes programas los momentos culminantes de estrellas o películas inolvidables. Y se hace necesario subrayar el espacio dedicado a Mack Sennet, el creador del cine cómico americano, el hombre bajo cuyo impulso nacieron creadores de la talla de Chaplin, Keaton, Lloyd, que abrieron nuevos cauces de expresión para el lenguaje cinematográfico y mantuvieron durante años los momentos más brillantes del cine americano.—JESUS GARCIA DE DUEÑAS.

DEL MARTIN A STRINDBERG

DURANTE la última semana he tenido ocasión de ver dos públicos teatrales bien distintos. Accidentalmente, estuve en el Martín, donde, como es tradicional, presentaban una revista. Por gusto y profesión, fui a ver el estreno de «La sonata de los espectros», de Strindberg, presentada por el Foro Teatral, que yo sepa la primera Asociación de Espectadores creada en Madrid y, probablemente, en España.

Hablar de uno u otro tema requieren, en principio, actitudes muy diversas. Se salta del pasmo a la esperanza. Pero, queramos o no, el público español lo forman, en potencia, unos y otros. Con la particularidad de que en el Martín llevan varios meses haciendo «Qué cuadro el de Velázquez esquina a Goya», y la magnífica obra de Strindberg la han representado un par de noches.

La impresión, reiterada, que se saca cuando se asiste a representaciones de distinta significación —el Martín, Alberto Closas, Strindberg— es que nuestro público ha perdido, a través de años de abulia colectiva, la pasión de exigir y esperar. Por ejemplo, la revista que vi era mala. Y lo era juzgada desde los supuestos de la diversión superficial que pretendía. Es tremendo ver esos coros de vicetiples que ni cantan, ni bailan, ni tienen buena figura. O encontrar a los cómicos de siempre, recurriendo a sus falsetas, a sus recursos probados y reprobados año tras año. O al libretista que plantea el equívoco «infalible»: un padre cree hablar con el de una muchacha seducida, tratándose en realidad del padre de una muchacha atropellada por una moto. Inútil explicar las posibilidades del equívoco de los «atropellos», que usted, lector, se imagina y hasta debe haber oído en algún sainete o revista de no importa quién. ¿Y la vedette? Sin entusiasmo, sin oficio, con un poquito de voz.

¿Por qué el público sencillo, que quiere picardear un par de horas en la revista, no exige que este género teatral cumpla unas mínimas características de ingenio, de novedad? Pensemos, sin salir del continente, en las revistas italianas o inglesas. La distancia que las separa de las nuestras es abrumadora.

Si nuestro público de revistas fuese medianamente exigente, despierto, el espectáculo tendría que cambiar. ¿O será la culpa de los que hacen la revista? Pienso yo que ni de unos ni de otros; y de todos. Se trata de una falta de ejercicio de la crítica y de la autocritica en la vida cotidiana, que se traduce en la existencia de este teatro penoso, no por infimo, sino por mal hecho.

Vayámonos al otro extremo. Conectémoslo con la siguiente pregunta: ¿Qué podría hacerse para galvanizar el espíritu crítico de nuestro público? ¿Qué podría hacerse para aumentar su interés por el teatro?

(Porque, y ésta es una verdad contra la que atentamos en España cada día, criticar significa interés por algo, participación en su desarrollo. Criticar es vivir en común. Callar es embotarse.)

A las dos preguntas que acabo de hacer han contestado de algún modo los del Foro Teatral. Unos cuantos centenares de personas se han reunido para asistir al teatro y beneficiarse reciprocamente de una fuerza que, uno a uno, no tendrían. Ignoro cuál será, a la larga, el alcance de esa fuerza. Qué teatro apoyará. En todo caso, su patrocinio de «La sonata de los espectros» —bien dirigida por Fuller, en versión de Trino Trives, con un grupo de actores más que discretos— es un síntoma importante.

El teatro lo «hacen siempre los espectadores». Autores, actores y directores no tienen más salida que vivir y trabajar a su nivel. Espero que los de Foro lleguen a aglutinar a unos miles de espectadores «potenciales» de buen teatro y que, contando con ellos, promuevan una serie de representaciones importantes. Está muy bien que esta primera sindicación de espectadores —de tanta fuerza en otros países— haya aparecido aquí.

Pero, ¿y aquellas gentes que se congregaban frente a la revista? ¿Qué podría hacerse por ellos? ¿Qué se hace desde el teatro?

A veces es duro estimar a un grupo de personas que aplauden un chiste estúpido. Se acuerda uno en seguida de las concepciones culturales que olvidan a la mayoría o la idealizan, suponiéndola ansiosa de serias conquistas. En los dos casos se echa un borrón sobre la realidad de estas carcajadas torpes, de esta simplicidad colectiva, en la que nuestro teatro —por falta de educación popular— encuentra una de sus muertes.

JOSE MONLEON